

El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	Plas. 1'50
	» » año	5'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea.	0'05
	Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 20 de Noviembre de 1892.

Año I. Núm. 21.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no esté adelantado su importe. —Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

De la colaboración particular de
EL ECO DE LA MONTAÑA.

LA FELICIDAD.

I.

Apenas contaba diecisiete primaveras. El mundo era entonces para mí inmenso de grande y tan hermoso como la sonrisa del alba.

Amor, riquezas, poder, gloria, placeres. Hé aquí los únicos ideales que en mi mente juvenil surgían tan rápida y espontáneamente como surgen las setas de la superficie de la tierra en un día de humedad. Ya desde entonces no debía parar hasta conseguir llamar á las mismas puertas de la felicidad. Pero, ¿qué camino debía emprender para llegar á la pacífica posesión de esta *Señora*?

¿Debía aspirar al Romeo de Julieta? ¿Debía ambicionar las riquezas de Crespo? ¿Debía pretender el poder omnímodo de los Césares? ¿Debía pisar las huellas de los genios más renombrados y gloriosos del arte? ¿Debía aspirar á la grandeza de los Príncipes ó desear el goce de los placeres mundanales?

A la verdad, me seducían tanto y tanto cada uno de estos ideales, que á ser posible, me los hubiera cargado todos en forma de hermoso ramillete. Pero como para recorrer cada uno de estos larguísimos trechos suelen ser casi siempre insuficientes los escasos días de una existencia, tuve que resignarme á seguir uno solo de ellos, ¡Pero siempre la misma dificultad! ¿Cuál de estas formas era la más bella, más sabrosa y más perfecta? ¿Cuál el verdadero atajo y el menos sembrado de escollos y dificultades? Declarádome impotente para contestarme satisfactoriamente á estas preguntas y temiendo errar el verdadero camino, decidí recurrir á la consulta. Pero, ¿con quién tenía que consultar? ¿Con el amigo, inexperto como yo, que apenas si acababa de salir del período incauto de la adolescencia? ¿Con el hombre ilustre y encanecido ó con el Cura sabio y virtuoso, á quienes el mismo respeto que les profesaba rayano á la veneración que inspiran siempre el talento y la virtud, apenas si me atrevía á dirigirles, ni siquiera modesta y respetuosamente la mirada?

Huérfano de padre, á quien tan siquiera no tuve la dicha de conocer, un día en que mi querida madre, después de alinarme los rubios cabellos que doraban mi cabeza, estampó, como solía, un afectuoso beso en mi tersa frente, con toda la efusión del cariño maternal, la dije:

—Madre, siento un malestar, hasta ahora desconocido, que me tiene seriamente preocupado.

Alarmada la madre por mi exordio, se apresuró á preguntarme:

—¿Qué tienes, hijo mío?

—Nada, contesté.

—Pero, ¿qué es lo que te trae así preocupado?

—No sé.... pero es lo cierto que una idea fija que me sigue por todas partes, como la sombra sigue al cuerpo, ha venido á interrumpirme en esa dulce tranquilidad infantil en que hasta ahora había vivido.

—¿Y cuál es el ideal que en tu corta edad ha podido así turbar tu reposo?

—¡La felicidad, madre mía, la felicidad! El deseo, pero ardentísimo, de ser feliz.

Y sin atender al asombro visible de mi madre, continué diciendo:

—Sí, mi querida madre. Amor, riquezas, poder, gloria, placeres. Hé ahí los ideales que me siguen por todas partes sin ni siquiera respetar la quietud de la noche. Hasta en el lecho del reposo siguenme estas fantasmas, madre mía. Y cuando después de un agitado sueño despiertan mis ojos á la realidad, oigo todavía convulso y como un eco que va á extinguirse en el sonoro yunque de mi oído, esta halagüeña y seductora pregunta: «¿quieres ser feliz? Cautiva el corazón de las mujeres, apodérate de las riquezas de Crespo, aspira al poder de los Césares ó á la gloria póstuma é impercedera de los más célebres y renombrados artistas». Decídmelo, pues, madre mía, ¿cuál de esos ideales simboliza mejor la felicidad?

—¡Ah! exclamó la madre.

—¿Qué me contestáis, madre mía?

—Sosiégate, hijo querido, y siéntate aquí á mi lado; y, cuando más reposado de tu exaltación te halles en estado de escuchar sereno mis observaciones, daré principio á la consulta que acabas de hacerme.

Empezad, mi querida madre, ya os escucho.

—No, hijo mío; es necesario antes de hablarte, que cese en tí este estado febril, que no te deja discurrir con todo el discernimiento que necesitas para comprenderme. Refresca tu sangre calenturienta con el ambiente del jardín, regando las flores del parterre; y cuando algo más sosegado, hayas tomado el bocado de costumbre, saldremos juntos á dar un paseo, que te prometo ha de ser tan largo, que haya tiempo de contestar cumplidamente á tu pregunta.

II.

Ahora que tu estado de espíritu se halla relativamente más tranquilo, y que solo Dios, que como Rey de lo creado aparece en medio de esa Naturaleza, que verde y lozana nos rodea por todas partes, puede ser testigo de nuestra conversación, voy á satisfacer tu curiosidad; pero antes voy á permitirte dirigirte algunas preguntas, á las que espero contestarás con toda la ingenuidad y franqueza á que me tienes acostumbrada. Enrique, ¿crees en el cariño tan desinteresado como inmenso que te profeso?

—¡Oh madre mía! me haría mucho daño, pero mucho daño, el que lo hubierais dudado solamente.

—¿Vive todavía en tu mente ese Dios de atributos infinitos á quien te he enseñado á adorar?

—Sí, madre; vive y vivirá eternamente, os lo juro.

—¿Recuerdas las primeras oraciones, con que mientras eres un niño tan pequeño, que apenas sabías articular palabras, te enseñaba á balbucear primero, y cuando más crecído, con una soltura que me encantaba, repetías cotidianamente mientras te desnudaba, para luego adormecerte al blando arrullo de mi canto maternal?

—Sí, madre, las recuerdo; y en vano pretendiera todavía conciliar el sueño sin dirigir antes un ferviente y sentida plegaria al Todopoderoso.

—¡Muy bien! díjome la madre abrazándome con afectuosa efusión. Con tus afirmaciones has devuelto la paz á mi alma. Sospechaba que el virus del siglo se hubiera inoculado en tu corazón tierno y sencillo; y con la natural desconfianza de la ansiedad maternal, creíate, hijo mío, sino perdido, muy cerca de ese abismo, que ya miraba insondable, donde van á sepultarse la mayor parte de los jóvenes inficionados por la lectura de esas novelas en donde sus autores, con el más descarado y escueto realismo hacen la autopsia más repugnante del corazón humano. Felizmente, hijo mío, tu corazón está sano, porque todavía cree y ora. Esto me dá la seguridad del triunfo en la lucha de las nacientes pasiones que han empezado á germinar en tu alma todavía pura. Escúchame, Enrique. Tu te has creído que la felicidad no puede vivir más que en el amor, en la opulencia, en el poder, en la gloria ó en los placeres del mundo, ¿verdad?

—Sí, madre; y desearía que apoyada en la experiencia de los años y movida por el interés maternal, me dijerais cual de esos caminos es el mejor y el más corto para llegar á la meta de la felicidad.

—Ninguno de ellos, hijo mío, ninguno de ellos. Todavía más, Enrique; la felicidad es absolutamente incompatible con todos esos ideales. La felicidad (y eso que no hablo de la absoluta, porque no es de este mundo) la felicidad que puede relativamente disfrutar el hombre durante su peregrinación por este destierro, tiene una representación más modesta y de menos ambición. ¿Quieres ver el verdadero y genuino prototipo del hombre feliz, Enrique?

—Sí, madre; quiero verle.

—Pues sígueme.

Al dar esta voz de mando, salímonos del camino real por donde hasta entonces íbamos dando nuestro paseo; y metidos en tortuosas veredas, después de trepar aquí elevadas colinas, de salvar allí pequeños arroyuelos, de pisar allá alfombras de musgo y saltar acullá pequeños oteros, en donde pacían numerosos rebaños de ovejas; divisamos una grande y extensa llanura provista de una vegetación rica y lozana como las fértiles vegas de Andalucía; pero triste y solitaria como las soledades del desierto.

—¿Ves, díjome la madre, señalando las inmediaciones de una pobre cabaña, única habitación que como un punto en el espacio se distinguía en aquella inmensidad, ves esa figura humana, semisalvaje, que yace tranquila sobre la mullida yerba